

SIEMPRE EN LA MEMORIA: CARLOS ARANÍBAR

Luis Millones

Lo conocí en San Marcos, cuando asomaba ya como uno de los sucesores de Raúl Porras Barrenechea, el maestro de su generación, al que siguió sus pasos en el estudio de las crónicas y el siglo XVI. Aparte del trato en las reuniones de la especialidad, tuve la suerte de asistir con él al Seminario de Historia Latinoamericana que organizó el Profesor Rolando Mellafe en la Universidad de Chile, en aquella ocasión un selecto grupo de investigadores como Ruggiero Romano, John Murra, José María Arguedas y Pablo Macera, ofrecieron a un público internacional la magnitud de los avances que estaba tomando lugar en el desarrollo de las disciplinas sociales, a mediados de los años sesenta y que dio excelentes frutos diez años después, desgraciadamente interrumpidos por la guerra interna en el Perú que quebró las generaciones siguientes.

Más tarde, durante el gobierno del general Velasco Alvarado coincidimos en el Ministerio de Educación, donde Carlos llegó a formar parte del grupo de asesores que integraban el Consejo Superior de ese ministerio. Otros notables intelectuales como Augusto Salazar Bondy y Walter Peñaloza, tuvieron cargos similares. Las expectativas que despertó la Reforma Educativa son difíciles de imaginar en nuestros días, en que las humanidades casi han desaparecido de los estudios escolares y que no existen en el currículum de las nuevas universidades, preocupadas en carreras como la administración de empresas o comunicaciones, entre otras, con las que encandilan a los padres, que responden a la ilusión del neoliberalismo, y que en la mayoría de los casos conducen a la desocupación.

Aranibar pertenece a la última línea de humanistas visible en el Perú del siglo XX, cuando se pensaba, con razón, que estudiar historia era acercarse y compartir lecturas de disciplinas como filosofía y literatura o psicología, sin considerarlas como espacios cerrados o inaccesibles. En contraposición a una especialización muy notoria a principios de los años setenta, que en última instancia escondía la ignorancia. Fue, por tanto, un meticuloso lector de crónicas, interesado en la formación de sus autores, es decir en las fuentes de su erudición y motivos de su curiosidad por el Nuevo Mundo que se abría ante ellos. En sus lecciones, la anécdota de los hechos militares o políticos del conflictivo acontecer de los primeros tiempos de la colonia, cedía el paso a la reflexión sobre los procesos sociales y la comprensión profunda de lo que sigue siendo el tema inacabable del mestizaje.

Carlos estaba convencido de que las crónicas andinas deberían llegar a un gran público del que lo separaba la fidelidad al lenguaje del siglo XVI, su edición de los Comentario Reales de los Incas, del Inca Garcilaso de la Vega, es una prueba de este pensamiento. Pero sobre todo, Carlos fue un magnífico docente, maestro de jóvenes con una entrega total a la tarea de formar historiadores con la necesidad de “hacer Historia”, no como parte de la vida, sino como la vida misma. De eso nos da constancia su propio quehacer intelectual, que lo acompañó hasta los últimos días de su existencia.

No hay mejor manera de recordar a un maestro que seguir sus pasos cuando su vida se agota, eso será posible por los espacios abiertos por su incesante labor en los estudios que son importantes porque nos señalan, más que el pasado, la manera de entenderlo, y proyectarlo como camino para no repetir errores y construir el futuro.

Gracias Carlos por lo que nos dejas como legado, el estudio de la historia debe ser la columna que guíe la formación de los años escolares y universitarios. En la alborada de un nuevo gobierno, cualquiera que sea el destino que finalmente asome de las elecciones, quien asuma la responsabilidad, deberá estar seguro, que cargará sobre sus espaldas todo lo que se dejó de educar en los años anteriores.